

RECUERDOS

Antonio Molina Sánchez, nuestro amigo Antonio, falleció el 12 de abril de 1993, a la edad de 69 años. Y digo *nuestro amigo* porque no sólo era el mío sino el de muchos cuevanos. Los más destacados investigadores y archiveros de la zona apreciaban mucho su amistad y reconocían su talento de narrador; sólo citaré a los que conozco personalmente y a los que le oí nombrar: Diego Casanova Párraga (Almendricos), Antonio Gil Albarracín (Barcelona), Antonio Cerdán Casado (Águilas), Andrés Sánchez Picón (Vera), Juan Grima Cervantes (Macael), Manuel Muñoz Clares (Lorca), Juan González (Lorca), Pedro Perales Larios (Cuevas). También debo mencionar a su amigo Juan Parra, concejal delegado de Cultura del Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora que tanto le ayudó, y por supuesto al Alcalde-Presidente de dicha localidad Antonio Llaguno Rojas que al publicar sus obras le hizo conocer a sus conciudadanos.

Yo tuve la suerte de ser su colaborador durante los cuatro últimos años de su vida, y sin que esto me autorice más que a otros a celebrar su memoria me permito, aprovechando la oportunidad de la publicación de esta obra suya hasta ahora inédita, contar unos recuerdos.

Fue mi otro amigo Antonio Megía -también fallecido-. profesor en el Instituto de Cuevas, quien me presentó a Antonio Molina, y enseguida empezamos a colaborar. Nuestra labor de investigación en el amplio campo de las costumbres y tradiciones populares así como en el de la minería no hizo más que incrementarse e íbamos formando muchos proyectos. Nos juntábamos en Pozo del Esparto cada dos meses aproximadamente y después de haber planeado nuestras excursiones y visitas con la finalidad de adquirir material -fotos, documentos y apuntes- empezábamos a salir en coche por un lado o por otro, en los alrededores de Cuevas de Almanzora, zona inagotable para esta clase de estudios. Nuestro trabajo duró unos diez días y nos proporcionaba muchas sorpresas y alegrías, aunque algunas veces volvíamos sin nada, porque la persona con quien teníamos que entrevistarnos no estaba, porque el cielo estaba nublado o la luz no era la conveniente para la foto, etc., cosas que todos los investigadores conocen.

A pesar de la diferencia de edad, Antonio y yo nos entendíamos perfectamente. Había entre nosotros una verdadera complicidad y un respeto mutuo.

Siempre estaba dispuesto a recibirme o a acompañarme.

Cuando íbamos juntos en el coche no paraba de contarme historietas y leyendas de su tierra. A veces me recitaba, con mucha emoción, unos versos de Sotomayor cuyos poemas conocía casi todos de memoria.

Antonio Molina, hombre extrovertido y sencillo, sabía establecer el contacto con los ancianos, con una frase humorística y un don de improvisación poco común. Al cabo de unos instantes ganaba su confianza y éstos nos revelaban unas veces detalles que no conocíamos y otras veces nos libraban toda una historia vivida por unos hombres que no suelen ni pueden dar testimonio de lo que fue su existencia, con sus alegrías y sus penas, las costumbres y técnicas que conocieron. Antonio Molina era respetuoso para con ellos y sabía que no había que precipitarse, que varios contactos eran necesarios: *Volveremos otro día si le parece, tío Fulano*, decía, *porque no queremos darle más la lata*. Efectivamente volvíamos y en el intervalo el anciano había solicitado su memoria, pensando en lo que le habíamos dicho, buscado una foto o preguntado a un vecino, y la cosecha era para nosotros muy fructuosa. Pero esa tarea que compartí con Antonio al final de su vida, ya la había emprendido él muchos años antes. Como me gustaba lo que escribía sobre los burros, un día le pregunté donde había aprendido todos esos detalles; *hablé con unos viejos arrieros*, me contestó, *y con un gitano que sabía más que un veterinario*. Esas cosas pequeñas -como decía- que había recogido, iban acumulándose y ahora formaban un todo. Entonces el guionista que fue y *el autor* -como solía llamarse, con una sonrisa, llena de humildad más que de satisfacción- comenzaba a tejer su tela como el gusano de seda fabrica su capullo. Y lo hacía con facilidad porque todo lo que contaba lo había vivido o presenciado durante su juventud y, como estaba dotado de grandes facultades de

observación y de expresión, su máquina de escribir crepitaba con frecuencia.

Cuando ya había elaborado el plano podía escribir el borrador en pocos días. Otras obras le costaron más trabajo y hasta algunas no llegó a concluir las -me refiero por ejemplo a un estudio muy interesante sobre la pesca artesanal y tradicional en Garrucha-. A mi parecer, el género más apropiado a su estilo eran las crónicas: historias cortas, de unas diez páginas cada una, que el lector puede leer empezando por aquella cuyo título más le agrade, sin tener que leer el libro desde el principio, como se mira un cuadro o una fotografía: empezando por lo que más atrae la mirada para descubrir luego el resto de la imagen en un movimiento circular. Las *Crónicas de secano*, que tiene el lector ante los ojos, son un buen ejemplo de ello. Espero que un día puedan los vecinos de Cuevas leer sus otras obras que la familia está desde luego dispuesta a dar a conocer, porque Antonio Molina era un escritor con salero y con fino humor cuya lectura es siempre muy agradable. Varias de ellas fueron finalistas en premios tan prestigiosos como "Planeta" o "Ateneo de Sevilla". Sus dos libros publicados en Cuevas, *Cuevas hace un siglo* y *Cuevas, la tierra de la plata* -en el que tuve la oportunidad de colaborar-, se agotaron en pocos meses, lo que muestra que las jóvenes generaciones se interesan cada día más por su pasado, y esto es alentador porque como se suele decir un pueblo que desconoce su pasado no tiene porvenir; yo comparto esta opinión. La pérdida de Antonio no es tanto más cruel cuanto que era joven todavía y tenía aún muchas cosas que contarnos sobre esta tierra que amaba profundamente y que cantaba como nadie, con un talento natural. Me acuerdo que me decía: *¡Te vas a encariñar con ella, ya verás!* Y en efecto así es y él es en gran parte el responsable.

Me acuerdo que cuando paseábamos por los campos y cortijos desiertos le gustaba oírme cantar esta canción de Atahualpa Yupanqui, poeta que tuve

la suerte de acercar durante unos días, y del que guardo gratos recuerdos también:

*Cuando vayas a los campos
No te apartes del camino
Que puedes pisar el sueño
De tus abuelos dormidos.
Unos son tierra menuda
Otros la raíz del trigo
Otros son piedras dispersas
En la orillita del río
Campesino, campesino,
Por tí canto, campesino...*

Las *Crónicas de secano* que publica ahora el Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora, ya las tenía escritas Antonio Molina cuando nos conocimos en 1989. Me ofreció una copia en cuanto terminamos *Cuevas, la tierra de la plata* y como el tema me

interesaba y me cambiaba de las minas, le ofrecí mi colaboración para su ilustración. Las fotos que saqué las quería publicar Antonio Molina al final de la obra, por eso hemos respetado su deseo. Sin embargo las presentamos casi a secas, sólo con las menciones que él escribió al dorso de cada una de ellas, pero hay que tener en cuenta que tenía la intención de acompañarlas de unos comentarios que desgraciadamente no tuvo tiempo de escribir. No se trata de un estudio exhaustivo sino de un bosquejo que iniciamos juntos, de unas pinceladas, de un canto en honor a esos hombres humildes que supieron aprovechar los elementos naturales que les ofrecía su entorno, a veces con una dexteridad asombrosa -como en el caso del esparto-, a la vez que un sencillo recuerdo-homenaje a la memoria de Antonio MOLINA SÁNCHEZ.

Carlos HERGUIDO





cortijo en ruinas